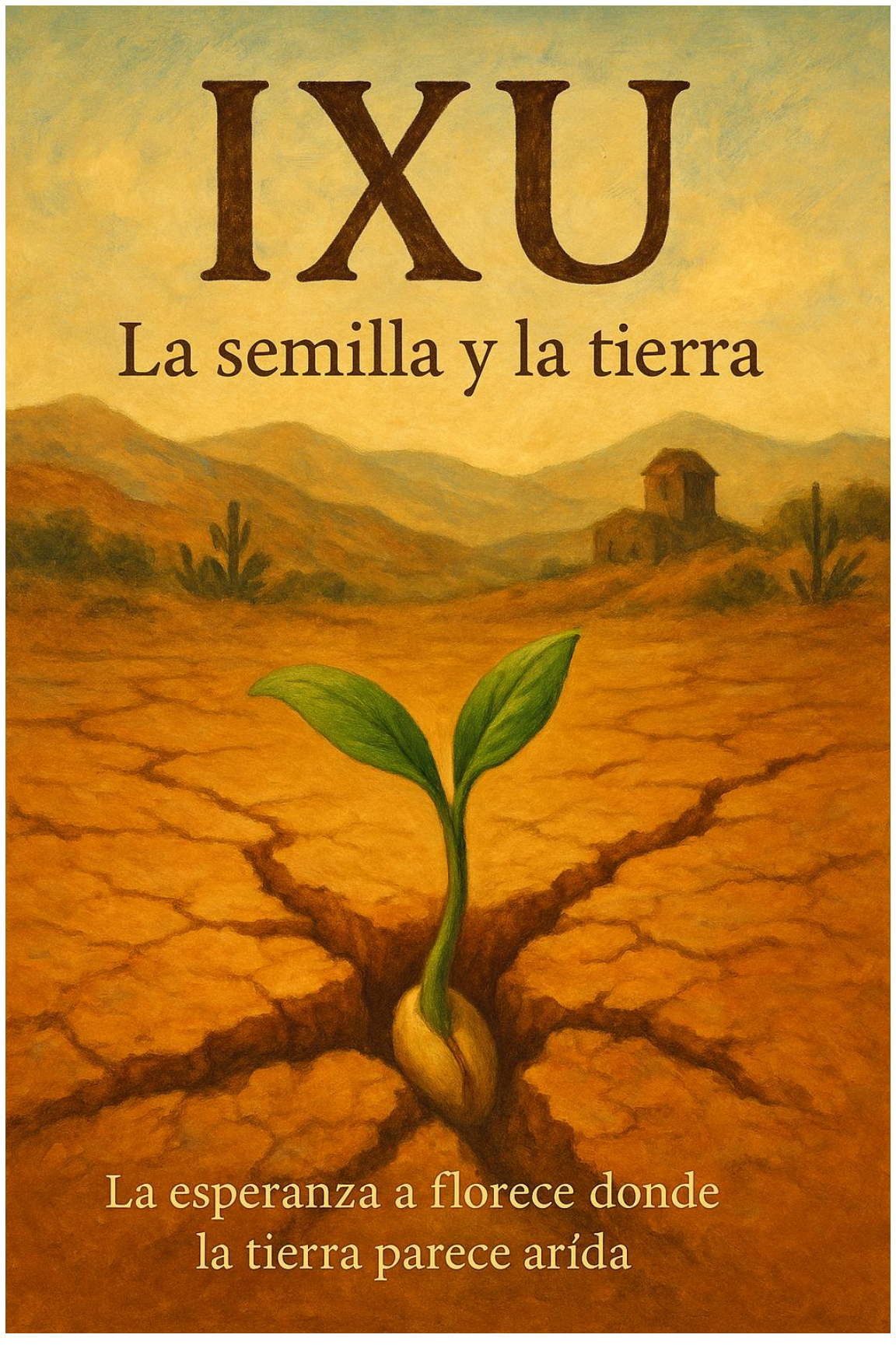


IXU

La semilla y la tierra



La esperanza a florece donde
la tierra parece arida



LA SEMILLA Y LA TIERRA



EXTRACTO / MUESTRA

DEDICATORIA

A la tierra que aguanta callada,
a los pueblos que no se vencen,
y a las semillas que esperan su hora.



EPÍGRAFE

“Donde comen dos, comen tres.”

— Refrán de la sierra —



NOTA DEL AUTOR

Esta obra es ficción. Está inspirada en pueblos y paisajes rurales de México, especialmente en la Sierra de Guanajuato. Ningún personaje o lugar corresponde de manera exacta a una comunidad real. Sin embargo, cada página busca honrar la memoria, el lenguaje y la dignidad de la gente que resiste.



PRÓLOGO POÉTICO

La tierra crujía bajo los pies como si masticara recuerdos. No era un crujido de madera vieja ni de teja rota: era un lamento. Las grietas se abrían con paciencia de víbora y dibujaban cicatrices que partían los patios de adobe, los caminos de terracería, las milpas flacas. El sol, tirano sin sombra, bajaba cada mañana con su ejército de rayos y se plantaba en los techos de lámina, en los encinos duros, en los ojos de los niños que jugaban con cántaros vacíos. En Santa Fe, el aire olía a polvo, a leña apagada, a maíz contado grano por grano.

El molino, que alguna vez cantó con la corriente del río, dormía como un gigante enfermo. La rueda, inmóvil; los engranes, herrumbrosos; el cauce, hecho hilachas. En la plaza, las voces se encogían al medio día, no por falta de argumentos, sino porque el calor les arrancaba el aliento. En las trojes, el maíz se guardaba como oro; en la cocina, el fogón resistía con tortillas delgadas, con café aguado que servía más para conversar que para quitar el sueño. En los ojos, el miedo crecía silencioso: ¿y si la lluvia no volvía? ¿y si el pueblo se quedaba sin canto?

Pero en la sierra, hasta la piedra guarda una humedad secreta. Y así, debajo del polvo, en el puro fondo de la tierra recia, dormía una semilla sin nombre. Nadie la había visto. Nadie la había tocado. Sin embargo, latía. Latía al ritmo de una niña llamada Lucero, que soñaba con charcos donde los niños brincan descalzos; al paso impetuoso de Manuel, que no sabía rendirse; al vaivén de Marcelo, que miraba lejos pero sabía volver; a la paciencia de Rosaura, que partía pan sin esperar recompensa; a la voz vieja de Doña Lola, que rezaba con fe de

encino; al consejo de Don Melquiades, que le hablaba a la tierra como a una hija.

La semilla no prometía milagros. Prometía trabajo compartido, palabras claras, manos con ampollas, silencios que se hacen canto cuando al fin cae la primera lluvia. Prometía que lo que cada quien sembrara —egoísmo u solidaridad—, eso mismo crecería. Y a esa hora incierta, cuando el molino parecía resignado a su muerte y el río del Coyote callaba, el pueblo, sin saberlo, empezaba a escoger su destino.



CAPÍTULO 1

EL SOL QUE NO DA TREGUA



Episodio 1. Tierra resquebrajada

El amanecer se abrió como una herida fresca. La plaza, cubierta de un polvo fino, parecía haber recibido una nevada de tierra. Los perros dormían con el hocico sobre las patas, rendidos antes de que el calor los obligara a buscar sombra. Lucero salió de su casa con el cántaro ladeado; la cuerda le rozaba el hombro y le dejaba una marca oscura. Tenía ocho años y un brillo en los ojos que el sol no alcanzaba a apagar. Caminaba despacito para no despertar al polvo, pero el polvo era un niño inquieto que se levantaba a jugar con casi nada.

Doña Lola la vio pasar desde la mecedora, a la sombra coja de un mezquite que había sobrevivido a tres sequías y a dos rayos. “Pos ya ni llora el cielo”, pensó en voz alta, como quien reza. Lucero se acercó al lavadero, metió el cántaro, lo giró, lo esperó... y nada. Solo un eco hueco, como el estómago cuando se prolonga el ayuno. No lloró. Tenía la práctica de guardar las lágrimas para cuando de veras hicieran falta. “Amá dice que hasta las lágrimas son agua”, murmuró, levantando el cántaro vacío con dignidad de reina.



Episodio 2. El molino silencioso

Manuel, con diez años y el azadón heredado de su abuelo, atravesó el patio y siguió el camino de terracería hasta el molino. Cada paso era un crujido; cada respiro, un trago de calor. La rueda inmóvil parecía un ojo ciego; los engranes, dientes de mula vieja. Puso la mano en la madera y sintió el ardor del sol atrapado. “Esto va a volver a girar”, dijo sin testigos, como quien se promete un destino. Miró la acequia reseca. Soñó con agua corriendo, con la risa escandalosa de Crispín, con niños cargando cubetas y con mujeres moliendo maíz. Soñó con pan. “Ora sí, molino —dijo—, tú no te mueres hasta que yo te despida”. Y el molino, aunque no habló, pareció asentir con un crujido antiguo.



Episodio 3. Rumores en la plaza

El pueblo entero se daba cita en la sombra corta del quiosco. Hombres de sombrero ladeado, mujeres con rebozo, jóvenes que fingían no tener miedo. La tienda de Don Julián olía a frijol guardado y a aguardiente barato.

—Es castigo de Dios —soltó uno.

—¡Qué Dios ni qué nada! —respondió otro—. Esto es nomás que no jalamos parejo.

—El cacique Esteban nos trae amarrados —dijo un tercero—. Quiere que pidamos fiado y luego nos truena con intereses.

Crispín, con su cara de niño travieso en cuerpo de hombre flaco, se rascó la nuca y se aventó una sonrisa:

—¡Carajos!, ni el burro es tan terco como nosotros. Si no buscamos agua, el sol nos va a dejar como cazuelas.

Se rieron unos cuantos. Otros chasquearon la lengua. Los chismes, como las avispas, picaban y se iban. La plaza, a pesar de todo, seguía siendo el corazón que bombeaba la vida lenta del pueblo.



Episodio 4. Hambre en los ojos

En la cocina, Rosaura tendió tortillas delgadas como papel de misa. Partió una en cuatro. Puso un trozo en la mano de cada hijo y guardó el último para Lucero cuando volviera con el cántaro vacío. Acarició el metate con respeto, como a una abuela. “Nos va a alcanzar”, dijo para dentro, no para mentirse sino para darle fuerza a la esperanza. Afuera, el humo del fogón subía con una paciencia que dolía. Los niños masticaban despacio, como si cada bocado tuviera que durar más que el hambre. Desde la puerta, Manuel miró la escena y apretó la quijada. Aprendería, años después, que hay dolores que se resuelven con maíz y otros que piden justicia.



Episodio 5. Doña Lola recuerda otras sequías

Aquella tarde la casa de Doña Lola olía a albahaca. Ella, como todas las viejas sabias de la sierra, había aprendido a mezclar la oración con la hierba. Sentó a Lucero y a otros dos niños en el suelo de tierra apisonada.

—Pos miren, chamacos —dijo—, una vez el cielo se quedó seco siete meses seguidos. La gente se peleó por una cubeta. Pero los que no se soltaron de la mano, éstos, nomás éstos la libraron.

—¿Y cómo le hicieron, Doña? —preguntó un niño de ojos grandes.

—Compartieron el poco maíz. Se turnaron el agua. Y no dejaron que la lengua se les volviera veneno.

Los niños guardaron silencio. Afuera, una brisa leve olió a río —o eso quisieron creer.



Episodio 6. El sueño de Lucero

Esa noche, Lucero soñó con charcos profundos y con la rueda del molino girando como si el mundo se hubiera quitado un peso de encima. Soñó con el río del Coyote desbordado, no para destruir, sino para besar las raíces de los encinos. Despertó con el corazón golpeándole el pecho.

—Amá —susurró—, soñé agua.

Rosaura la abrazó fuerte. “Los sueños también riegan”, dijo, y Lucero se lo creyó como se creen las cosas grandes a esa edad.



Episodio 7. Manuel en los surcos secos

Manuel se fue al amanecer a los surcos. El azadón chocó contra la tierra dura y apenas levantó polvo. Una, dos, tres veces. El sudor le corría por la frente y le entraba a los ojos. No maldijo. Solo respiró hondo.

—Aunque sea polvo, hay que trabajarlo —dijo.

Se detuvo un momento para escuchar. Tal vez la tierra le devolviera una respuesta. Escuchó lejos una campana. “Es Doña Lola llamando a misa”, pensó. “A lo mejor a Dios se le ablanda el corazón si nos ve chambeando.” Levantó otra vez el azadón. Y el sol, ensañado, le devolvió una chispa en la hoja metálica.



CAPÍTULO 2

El agua escondida



Episodio 1. Pozo olvidado

Marcelo llevaba el cabello revuelto y una inquietud que no sabía explicar. Acompañó a Manuel por la cañada del Encino, donde los huizaches crecían como guardias flacos. Entre espinas y piedras, descubrieron un círculo hundido, tapado de maleza y de historia.

—Dicen los viejos que aquí hubo pozo —dijo Marcelo.

Manuel se agachó, golpeó la tierra con la punta del azadón, pegó la oreja al suelo como si se tratara de escuchar el corazón de un animal dormido.

—Se oye como... como un suspiro —aventuró.

—¿Le entramos? —preguntó Marcelo, medio retando, medio pidiendo permiso.

—Pos aunque sea de oquis, peor que la sed no va a ser —respondió Manuel.

Trajeron palas prestadas, guantes rotos, una soga vieja. Cada golpe levantaba polvo, pero también una pregunta: ¿y si de veras había agua?



Episodio 2. Rumor en el pueblo

El rumor corrió como corren los rumores que traen esperanza: rebotando de cocina en cocina, haciendo escala en la tienda de Don Julián, colándose por la ventana de la escuela.

—Encontraron el pozo de la cañada —dijo una mujer al pasar.

—¡Ah, caray! —contestó otra—. ¿Y si es cierto?

—No te ilusiones —advirtió un hombre—. Con el sol como está, ni los pozos de antes se acuerdan de nosotros.

Pero el rumor, terco, consiguió una cosa: sacar a la gente de la sombra. Varios se asomaron a la cañada. Unos llevaron cubetas, otros, nada más su curiosidad. A cada palada, el hoyo parecía decir: “Sigán.”



Episodio 3. La maestra de la colina

Marina, maestra recién llegada, subió la cuesta hacia la escuela con un manojo de cuadernos. Los niños la esperaban con el mismo ánimo con que se espera una nube.

—Hoy vamos a escribir una palabra —anunció—: esperanza.

—¿Con z o con s? —preguntó un niño.

—Con s, como semilla —respondió ella, dibujando un brote en el pizarrón.

Las manos pequeñas copiaron la palabra. Afuera, el viento trajo un olor breve, casi inventado, a agua vieja.

—Maestra —dijo Lucero—, si uno escribe “agua” muchas veces, ¿no se hace tantita?

Marina sonrió.

—Se hace si uno trabaja y los demás ayudan. Las palabras solas no riegan. Pero acompañan.



Episodio 4. Asamblea en la tienda de Don Julián

La tienda estaba llena. Sobre el mostrador, los frascos con dulces parecían olvidar su color. Don Julián, detrás, contaba monedas con parsimonia.

—Ese pozo no sirve —dijo un vecino de sombrero nuevo—. Si hubiera servido, nuestros abuelos lo habrían cuidado.

—Es pura ilusión —añadió otro—. Van a hacer que trabajemos de a gratis.

—De a oquis —corrigió un tercero, como si la gramática negara la sed.

Filemón, llamado el Cascarrabias, dio un paso adelante. Tenía la voz curtida, el ceño tatuado de malas noches.

—¡Ora, no chinguen! —retumbó—. Si no intentamos, nos carga la tiznada. Ya estuvo suave de estarnos quejando como gallinas.

El silencio cayó de golpe. Alguien carraspeó. Don Julián acomodó un costal.

—Pues... —balbuceó uno—, pos tantito no hace daño probar.

—Eso —aprobó Filemón—. Probar. Y si no sale ni una gota, pos siquiera nos desahogamos dándole a la pala.



Episodio 5. Doña Lola en la capilla

La capilla era un cuarto blanco con un Cristo moreno que había visto más sequías que cualquiera. Doña Lola encendió dos velas y rezó de memoria.

—Madrecita —susurró—, alivia el coraje de la tierra. Que no se nos haga vinagre el corazón.

El aire adentro estaba más fresco. O tal vez era el consuelo de la costumbre. Entró Rosaura con Lucero. Se arrodillaron juntas.

—Pide con cuidado, niña —aconsejó Doña Lola—. No pidas milagros fáciles. Pide fuerza para jalar parejo.

Lucero asintió, muy seria, como si estuviera firmando un trato con el cielo.



Episodio 6. Crispín bromea, y se arma la cuadrilla

Afuera, Crispín reunió a los chamacos.

—A ver, banda —anunció—, operación “Aguaje Resucitado”. Ustedes, los de piernas flacas, a acarrear piedras; los de brazos fuertes, a la pala; y los de lengua suelta, a animar al resto.

—¿Y usted qué va a hacer, Crispín? —lo picó uno.

—Yo voy a supervisar con esta cara de importante —soltó, y todos rieron.

La risa, breve, alcanzó para romper la cáscara del miedo. Llegó Petra, de El Zorro, con un par de cubetas y un saludo seco. Los de Santa Fe la miraron con suspicacia y gratitud. La cuadrilla quedó hecha: hombres, mujeres, jóvenes, niños, gente de fuera y de dentro, los que creían y los que dudaban. El pozo, que parecía más hondo con cada palada, respiró.



Episodio 7. El rumor crece (y la tierra responde)

Al tercer día, el suelo cambió de voz. Lo notó Don Melquiades, que tenía oído para la tierra.

—¡Silencio! —ordenó con respeto—. Escuchen.

Se quedaron quietos. El aire no se movió. Y entonces, muy abajo, un murmullo. No era trueno ni coyote ni viento. Era una especie de latido húmedo.

—Allí está —dijo Don Melquiades—. Está hondo, pero está.

Dos paladas más, diez paladas más, una sogá, un cubo herrumbrado. De pronto, la pala de Manuel chocó con algo blando y frío. Un hilito transparente se asomó tímido, como un niño que espía por la rendija. Nadie respiró. El hilito se hizo hebra; la hebra, hilo; el hilo, voz. La voz dijo “agua”.

Lucero soltó el cántaro y aplaudió con la alegría que tiene su propio sonido. Marcelo cerró los ojos como quien regresa de un viaje. Crispín quiso hablar, pero lo venció la risa. Rosaura hizo la señal de la cruz. Doña Lola lloró sin ruido.

—No griten —pidió Don Melquiades—. Háblenle quedito. El agua asustada se esconde.

Y todos, como si hubieran ensayado, bajaron la voz hasta convertirla en gratitud.



GLOSARIO BREVE

(para el lector de lejos)

Cántaro: recipiente de barro para el agua.

Fogón: piedras o base de barro donde se cocina con leña.

Troje: almacén de maíz o granos.

Metate: piedra para moler maíz, usada con la “mano” o metlapil.

De oquis: en vano, sin resultado.

Ándele/ora sí: muletillas campesinas para remarcar o apurar.

Aguaje: manantial o sitio donde brota agua.

Carajos / no chinguen / tiznada: exclamaciones rurales fuertes pero coloquiales, usadas aquí con moderación para dar color local.



NOTA FINAL AL LECTOR

Aquí termina la muestra, como dicen en mi rancho: “era solo pa’ abrir bocao”, para que conocieras un poco del libro y despertar tu interés

Lo que sigue en el libro es la verdadera prueba: el pozo convertido en espejo de la comunidad, el prestamista Esteban tentando con deudas, el molino pidiendo unión, los rencores queriendo romper la acequia recién trazada. También sigue el canto: pan compartido, niños chapoteando, lluvia que por fin se acuerda del camino.

Si estas páginas te encontraron sediento, el resto de la historia tiene un vaso de agua esperando...



Gracias por tu interés y atención

Una historia sembrada en
tierra árida y regada con
lágrimas, donde la semilla de
la esperanza aguarda
en silencio el momento de brotar.



IXU • SAGA

